

Elecciones y memoria

INÁKI ADÚRIZ
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Los comicios que se avecinan no debieran ser para algunos una sustancia tranquilizadora, sino fuente reactiva de voluntad de reparación del pasado y futura bandera de la convivencia

Es el año electoral ya iniciado con las elecciones andaluzas el que reactiva cosas que estaban estancadas? Puede que así sea. Lo cierto es que, frente a otras facetas de la política actual, parece que la cuestión de la memoria y, con ella, de la paz y la convivencia suele requerir enormes esfuerzos por parte de algunos inmersos en los quehaceres de los comicios. Con todo, si estos hacen mover algo lo inamovible, aquello que en algunos poco tiempo ha merecido desde que los etarras se vieron en la necesidad de proclamar el cese definitivo en octubre de 2011, mejor que mejor. El asunto no es intrascendente. Interpela no solo a una mera sucesión de días de un pasado convulso, sino a la moral y al comportamiento que se dio en ellos. Creo que de eso se tendría que tratar cuando se habla de autocrítica a secas o, mejor, de hacer el esfuerzo de hablar más de una memoria basada en la autocrítica. Ante el dicho alemán de que «una buena conciencia es la mejor almohada», añade Viktor E. Frankl, psiquiatra y escritor, prisionero en los campos de concentración nazis, que «la verdadera moralidad es algo más que un somnifero o un tranquilizante». Por eso me pregunto si, para algunos, ante determinadas cuestiones, como esta que no termina de arrancar, las mismas elecciones no se convierten también en una especie de sustancia tranquilizadora, antes que ser lo tendrían que ser: fuente reactiva de voluntad de reparación del pasado y futura bandera de la convivencia.

Es así como, transcurrido este tiempo de paz meramente externa, sin aún desarmes concretos, sin auto-desapariciones necesarias del escenario social y político, sin 'mea culpa' por la dinámica violenta generada, sin vestigios de penas por crímenes no resueltos, se oyen de vez en cuando noticias de que algo leve se mueve en el ámbito de la rememoración de un pasado del que todos sabemos que no es para estar muy orgullosos. Tan leve y descreído es el movimiento que una mera alusión de los peneuvistas a los de la izquierda abertzale acerca del suelo ético, o de la necesidad de autocrítica de estos sobre ese cercano pasado, causa demasiado enredo como para que podamos decir que las cosas avanzan. Esto tiene su correspondencia en el plano institucional. Algunas piezas de él se encuentran varadas como las ballenas en la arena a la espera de que a alguien se le ocurra darles un empujón, por si llegan para que sigan

su curso marino por el que en un principio cobran vida (se me ocurre, en parangón, la ponencia de paz del Parlamento vasco, que lleva año y medio paralizada). Claro que es cierto que, en este tiempo, las víctimas, en su gran mayoría del terrorismo etarra, se van determinando mejor, pero hace falta más que una mera nomenclatura. Su desglose en distintas clases –asesinados, exiliados o desplazados, amenazados, extorsionados...– no hace sino dar idea efectiva de lo que verdaderamente sucedió y de que para nada hay que echar las campanas al vuelo sobre lo realizado hasta ahora ni, mucho menos, dejar de hacer autocrítica acerca de qué se hizo y, dentro de ello, qué ideas deshumanizadas eran las que predominaban para que eso se hiciera, o para que, con esos mimbres no se den en el presente, ni vuelvan a repetirse en el futuro.

El 'informe Foronda', emitido a finales de febrero por historiadores y entregado al Gobierno vasco para su contraste, es una referencia, no vista sin recelo, sobre el objeto mismo de la autocrítica, pues pone en evidencia males pasados. Hay que saludarlo porque la metodología histórica se aúpa como pocas veces sobre otros intereses. Sí, la calmosa ciencia –aun limitada frente a la vastedad de la vida, como diría el filósofo W. Dilthey– es un bálsamo a tener muy en cuenta. Por lo visto, el

texto señala que las acciones etarras «iban dirigidas a imponer un determinado proyecto de poder» y, en este sentido, no estaban desprovistas de totalitarismo y poco tenían que ver con un hipotético conflicto de Euskadi con el Estado. Igual de llamativo que algunos datos que aparecen en él (el 92% de las víctimas, asesinadas por la banda), resulta ese de que el 82% de los asesinatos en los 80 no tuvo respuesta social, aun intuyéndolo de antes y sabiendo el perjuicio acarreado. Inevitable la evocación aquí de Hannah Arendt, la filósofa alemana que con otros fundó la reflexión sobre el funcionamiento de los totalitarismos (nazi y soviético). Si convenimos en que, en efecto, la cosa no es igual, los posteriores terrorismos si han hecho gala de prácticas totalitarias y, así, de buscar la parálisis de la sociedad ante el terror, lo que hace que, en cuanto a las responsabilidades, estas se extiendan también y no recaigan solo en las cabezas visibles o en los que las ejecutaban. No es, sin embargo, toda la sociedad la culpable de un pasado más que tibio con el terrorismo y, en consecuencia, tampoco la autocrítica la tienen que hacer todos. En fin, qué mejor sería para algunos que un año electoral desprovisto de esa retórica sedante en que se sumergen y plenamente insatisfecho por el daño infligido y el trecho histórico recorrido.

ANTÓN

